



Sebastián Bruzzese

Bruzzese, Sebastián.

Ni sillas azules

1° Ed. Bs.As.,

Hasta que llegue el silencio, 2010

80p. 12 x 18,

1. Narrativa Argentina. I Título

Diseño de interior y portada: Sebastián Bruzzese
sebruz@gmail.com

Ilustración editorial: Antonella Andreoletti
licordepiel@hotmail.com
liquorepelle.blogspot.com

① Permitida la reproducción total o parcial sin fines de lucro, citando la fuente y con autorización del autor o del editor

hastaquellegueelsilencio.wordpress.com
hqlles.info@gmail.com

Impreso en Argentina

Sebastián Bruzzese

Ni sillas azules

colección
de cualquier otro modo

Prólogo

Sabemos que Helena espera un transbordo en el aeropuerto internacional de Santiago de Chile. Sabemos que once horas son casi un día. Pero el tiempo y el espacio son parámetros demasiado frágiles para sostenernos de este lado de las cosas. Entonces, nos perdemos con nuestra protagonista. Lo que era acá, ahora es hace un rato en otro país. Lo que fue el pasado, mañana cabe en este tupper.

Así nos lleva Bruzzese por esta, su primera novela después de tres libros de poesía: confundidos en la enormidad de lo posible, que siempre es también otra cosa, para terminar descubriéndonos, igual que Helena: habitantes de un cuerpo en expansión.

A.H.

a Diana

*Te regalaré un abismo, dijo ella,
pero de tan sutil manera que sólo lo percibirás
cuando hayan pasado muchos años
y estés lejos de México y de mí.*

*Cuando más lo necesites lo descubrirás,
y ese no será
el final feliz,*

*pero sí un instante de vacío y de felicidad.
y tal vez entonces te acuerdes de mí,
aunque no mucho.*

**Roberto Bolaño, “Te regalaré un abismo”
en *Los perros románticos*.**

Vuelve de la máquina de café y se sienta en el mismo asiento azul donde estuvo toda la noche.

Ahora las ventanillas de enfrente están cerradas y no hay nadie alrededor. Todos los que esperaban se han ido, uno a uno.

Helena toma de a sorbos pequeños su cuarto café solo y sin azúcar. Aburrida, recuerda el libro que está en su mochila.

Tiene entre sus manos el pequeño libro, pero sus ojos pierden el foco y se hunden en el pasillo vacío del Aeropuerto Internacional de Santiago de Chile, mientras en su mente comienzan a sucederse dos imágenes: primero, la imagen de un pájaro de plástico que sube y baja rítmicamente, absorbiendo un líquido que lleva a su panza (un redondel plástico). Luego, la imagen de la mano de su ex novio metiéndose en su mochila violeta para sacar de allí, tras abrir las solapas de un sobre, el libro que Helena sostiene entre sus manos.

La primera imagen atraviesa, de izquierda a derecha, su campo de visión. La segunda avanza, ni bien deja de verse la primera, desde un punto microscópico en las baldosas del aeropuerto hacia su cara, agrandándose hasta desaparecer. Al desaparecer, la imagen del pájaro recomienza desde la izquierda.

El pájaro absorbe, en cada descenso, un líquido rojo que bien podría ser sangre. La mano saca de la mochila un libro también rojo que, al terminar de asomarse al exterior, desaparece. La mano sin anillos y con las uñas levemente sucias vuelve entonces a entrar en la mochila, a buscar otra vez el libro.

Helena está completamente quieta, en silencio, con los ojos abiertos.

La sala de espera es un hundimiento en la línea de la pared del corredor central.

Si Helena mirara hacia adelante, vería un gran hueco. Si mirara a su derecha y a su izquierda, vería dos paredes sin ventanas. Mirando hacia atrás, podría ver un gran ventanal que da a la pista de aterrizaje, al cielo, a la ciudad apenas iluminada por los últimos rayos de sol.

Un enorme cuadro ocupa las tres cuartas partes de una pared. La otra está a medias tapada por un árbol, y en su extremo derecho, el más cercano al pasillo, han colocado un plano del aeropuerto para casos de incendio.

Una fila más adelante y dos lugares hacia la derecha, un joven duerme desparramado sobre su asiento azul. Más tarde ella sabrá su nombre y fumará sus cigarrillos; pero de momento es apenas un desconocido, carne que se mueve empujada por el aire.

Si se la mira de frente puede verse, a través del cristal de la ventana, la nariz del airbus apoyándose sobre su coronilla.

Si se la mira de frente, puede verse la sombra de sus pestañas proyectándose en sus mejillas; y dos mechones de pelo que, adelantándose al resto, crean un contorno a su rostro.

Si se la mira de frente, puede verse la nariz haciéndole sombra a la boca, entreabierta y roja, la línea de botones de su saco bordó, el azul de sus pantalones, el contorno redondeado de sus pechos, sus ojos marrones, su nariz judía, sus labios finos, sus mejillas flacas.

Espera su vuelo, sola.

Sostiene en sus manos un paquete de cigarrillos australianos que gira entre sus dedos, haciendo que la luz blanca rebote sobre sus cuatro costados. Mira fijo el paquete que sostiene con su pulgar y su índice.

Comienza a escucharse tarareando una melodía infantil, y recuerda a su padre cantando esa canción para ella. Helena escucha a su padre cantando, entre el aire calefaccionado del aeropuerto internacional de Santiago de Chile.

Está parada junto al gran ventanal, mirando hacia afuera, y ahí quiere estar, con los antebrazos apoyados en la barandilla.

Se ve a si misma nadando entre las nubes. Una enorme Helena surcando el cielo con un croll perfecto. Tiene puesta una maya enteriza de nadadora y un gorro de baño le cubre la cabeza, las orejas.

Se ve a si misma nadando de un extremo al otro del cielo nublado que cubre el aeropuerto internacional de Santiago de Chile. Se ve llegando hasta un extremo del cielo y luego dar la vuelta, impulsándose con las piernas, surcando nuevamente el cielo encapotado.

Hay apenas una luz entrando por la ventana.

Para ella está bien así.

Se entretiene en sus costillas. Lo besa. Una y otra vez. Baja lenta, hacia su pecho, acariciándolo despacio. Toma, entre sus dedos aún fríos, su pene y se lo lleva a la boca. Lame el glande, succiona el glande, muerde suavemente el glande; sintiéndolo cada vez más hinchado por la sangre que puja. Después de un rato, el pene está totalmente lleno de saliva. Entonces se monta sobre él e introduce el pene en su vagina, aún áspera, aún seca. Se mueve lenta, suave.

Martín la da vuelta, volcando todo su peso sobre el cuerpo de ella, y comienza a pendular sobre su pelvis. La alternancia de movimientos rápidos y lentos, suaves, distantes, profundos, va sumergiendo a Helena en un lago azul que vibra constantemente. Él aprieta sus ojos en el orgasmo, algo parecido a estar flotando en lo negro del universo. Ella cierra los ojos. Una luz fuerte se acerca, se aleja, estalla.

Levanta, luego de un rato de lectura, su vista del libro. Mira al señor que está sentado a su izquierda. Es gordo. Es realmente gordo y está dormido.

Delante de él, en la siguiente fila, una mujer golpetea con sus dedos un maletín, en el que Helena imagina muchos papeles sueltos, impresiones de números y gráficos. Es pálida y tiene anteojos grandes. Es joven o, al menos, más joven de lo que aparenta. Su cuerpo encorvado, tenso. Sus dedos flacos.

En el otro extremo de la misma hilera de asientos está el chico. Tendrá unos veintiséis años y duerme inclinando su cuerpo hacia la derecha. Helena piensa en el tiempo, mientras observa los rulos rubios que le cubren la cabeza.

Sale del baño y fija los ojos en su asiento desde que entra a la sala de espera. Arrastra sus pies sobre los mosaicos encerados casi patinando. Con los ojos fijos en su asiento, patina sobre el piso, deslizándose.

El movimiento, repetido, hace aparecer en su retina la imagen de tres niñas de siete años, patinando sobre en un enorme pasillo. Tres niñas que juegan carreras hasta que su directora sale de la oficina a reprenderlas.

Aún cuando se sienta y ya no está haciendo ningún movimiento que facilite la sinestesia, su mirada sigue perdida en la imagen del largo corredor con mosaicos grises y enormes ventanales, por donde entraba la luz del sol. Casi puede escuchar el roce de sus suelas con el piso encerado, las risas, en el pasillo vacío. El recuerdo se va diluyendo y comienza a reconocer el espacio, como si nunca antes hubiera estado ahí.

La oficinista se ha ido.

Su padre tenía en el placard una puerta sólo para él. La cerraba con llave, y ahí guardaba todas las cosas que un hombre *necesita*.

Ella se escondía debajo de la cama para espiarlo. Una tarde se quedó esperando durante horas a que sucediese: él llegó, miró hacia los flancos verificando que no hubiera nadie, y abrió su puerta. Era el acontecimiento más secreto del universo, y Helena había logrado verlo.

Abrío sus ojos de par en par. Tratando de ver el póster de una mujer desnuda con una víbora enroscada en el cuello, intentando saber qué era lo que había entre esas pilas desordenadas que doblaban los estantes con su peso. Su padre sacó de allí un revólver y comenzó a limpiarlo con un cepillo de alambre. Luego lo sopló y volvió a guardarlo. Cerró la puerta del ropero con llave y se fue. Helena recuerda aún las suelas de sus zapatos alejándose hacia la cocina, la tarde cayendo a través de las cortinas en el cuarto silencioso.

Quizás todo pueda reducirse a un instante, mágico y dorado, que da sentido a todo —piensa Helena sola, en su silla azul del aeropuerto internacional de Santiago de Chile. Si hubiera podido, si pudiera aún, tomar una fotografía de ese instante, esa foto sería la llave que abriría el sentido, y todas y cada una de sus manifestaciones. Ese instante, detenido en esa fotografía, lo explicaría todo, a un costado y detrás de las palabras. Ese instante sería el universo, y el universo ese instante, dorado y opaco, único y múltiple, silencioso como un barrio obrero a las tres de la mañana.

Mira sus papas sazonadas y siente que ha perdido completamente el apetito.

Escena 75. Exterior, escuela. Día.

Día soleado. Helena sale de una escuela secundaria del brazo con Julieta. Caminan por la vereda y sonríen.

No se escuchan sus voces, sólo se ve que hablan y se ríen.

Escena 76. Interior, habitación de Helena. Día.

Helena y Julieta están acostadas en la cama una frente a la otra, con los ojos cerrados. Entra la luz del sol por la ventana. Se quedan largo tiempo en la misma posición, como si durmieran.

Audio de pájaros y algún auto a lo lejos. Silencio.

Su ojos se nublan, perdidos en la enormidad del cielo santiagueño. Sacude su cabeza para desprenderse del horizonte y siente sus pies cansados. Va hacia los asientos azules y en el camino, sin detenerse, acerca su mano al tacho de basura en donde deja caer la taza de café casi vacía.

Se sienta en el lugar más apartado y pone su mochila sobre su regazo. Saca un libro del bolsillo delantero. Cuida, al abrir el cierre, que el sonido no despierte al chico, que duerme una fila más adelante. Abre el libro por la mitad y lo huele. Mira el índice. Mira el colofón. Lee la catalogación en fuente. Lo cierra.

Apoyado sobre la base de la palma de su mano, apenas sobresale un centímetro de la punta de sus dedos. Mira la foto en la portada, las letras pequeñas. Se detiene en los ojos de la autora hasta que un bostezo le eleva el pecho, el cuello, la cabeza y, con ella, la vista; que se le separa de la mirada de la autora. Hincha su pecho con el aire calefaccionado de la sala de espera y se queda sola.

Siente algo bajar a través de su útero y se endereza. A medida que el fluido viscoso se acerca al exterior, ella va enderezándose, apartando la vista del libro. Seguramente Clarice Lispector también ha sentido en su cuerpo la misma sensación.

Avanza sobre el piso de mosaicos del aeropuerto internacional de Santiago de Chile, y en pocos pasos está en la puerta del baño. En un solo movimiento abre la puerta y lleva su mochila hacia su vientre. En un solo movimiento se acerca al cubículo en donde hay un inodoro y lleva su mano al botón del jean, mientras se cierra, a sus espaldas, la puerta principal. En un solo movimiento abre la puerta del cubículo y salta dentro de él. En un solo movimiento baja el cierre de su pantalón y levanta la tapa del inodoro. Se sienta y deja caer la mochila. Resuena, entre las paredes blancas del baño, el sonido del pis cayendo sobre el agua.

Abre la mochila y hurga en su interior. En esa búsqueda hace un repaso visual de todos los elementos presentes en el cuerpo principal: dos abrigos, un destapador, una linterna de mano, un tupper embolsado, una bolsa con pan, un libro, un estuche con cd's, un celular apagado, un alfajor.

Logra dar con la pequeña cartuchera transparente y se alegra. Saca de allí un paquete amarillo que abre cuidadosamente. Extiende su mano hacia el rollo de papel higiénico, toma el extremo del papel, y arma en su mano derecha un rollo más pequeño que luego, inclinando la ingle hacia adelante, pasa por su vagina y observa antes de tirarlo dentro del inodoro.

Pone su bombacha debajo de las rodillas y, manteniéndola estirada, coloca en ella la toallita. Se levanta la bombacha blanca, con corazones rojos, 100% algodón.

Se lava las manos.

Con los ojos aún dentro del libro, comienza a notar que el chico ha despertado y se mueve, intentando reconocer el espacio. Con su segunda taza de café humeando entre sus manos, ve al chico estirar sus brazos y bostezar. Levanta la vista del libro para volver a mirarlo, como antes, pero ahora él es otro.

Él está despierto y eso lo cambia todo.

Extiende sus brazos en alto y entrecruza sus manos, mientras un bostezo le ensancha la cara. Sus ojos han quedado entrecerrados, pequeños, y él se los refriega como un niño.

Una leve sonrisa atraviesa la cara de Helena.

Él se da vuelta y la ve, ella vuelve al libro. Toma un trago de café y él se levanta y va hacia la máquina. Vuelve a mirarla cuando regresa a su asiento con la tacita humeante.

Escena 16. Interior, Aeropuerto. Atardecer.

Dos niñas juegan con autitos en el pasillo del aeropuerto, frente a las líneas de asientos. Helena las mira y sonríe. Las niñas hacen chocar entre sí los autitos, acompañando cada impacto con sonidos de estruendo que emulan con sus voces.

Una de las niñas toma un tercer auto e imita el sonido de una ambulancia moviendo el autito en zigzag.

El autito llega al lado de los otros autitos y la niña dice:

Niña ambulancia

¡Emergencia emergencia! ¡Córranse todos por favor! ¡Aquí hay alguien realmente herido!

La otra niña

¡Ayuda, ayuda!; ¡Mi pierna se trabó en el volante y no puedo salir! Tengo miedo de morir-me, tengo hijas y una esposa, ¡sálvenme!.

Llega La madre de las niñas y se las lleva a las dos de la mano, mientras les dice:

Madre de las niñas

¡Les dije que no se fueran lejos! ¡Se los dije! ¿Si perdemos el vuelo que hacemos, eh? ¿Quieren decirme que hacemos si se nos va el avión?

Sola en la sala de espera, Helena abre la mochila y saca un tupper verde, rectangular. Ese tupper está con ella desde que tiene 12 años. Su madre y ella lo compraron en una feria. Cuando se fue de casa se lo llevó, junto con otras cosas que su madre le puso en una caja. En él, Helena llevaba su almuerzo a la colonia de vacaciones.

Había logrado resistirse durante toda su infancia pero ese año no había podido decir que no. Julieta, su única amiga, se había ido todo el verano a la costa atlántica y no tenía con quien pasar el tiempo. Ella y su amiga habían tenido relaciones por primera vez la misma noche, con el mismo chico. Dormían juntas tres o cuatro veces por semana. Sólo una noche tuvieron sexo, ambas estaban borrachas y empezaron a desafiarse, cada cual le decía a la otra que no se animaría. Terminaron haciéndolo las dos al mismo tiempo, hasta el orgasmo.

No hablaron de eso con nadie, nunca.

La colonia tenía una enorme pileta y ese fue otro gran argumento. Helena llegaba a las 10 de la mañana y se quedaba ahí hasta las 5 de la tarde. Almorzaba lo que le preparara su madre. Nunca había tenido problemas con la comida, y aunque su madre era una pésima cocinera, ella no se quejaba. Simplemente guardaba el tupper en la mochila y lo abría a la hora del almuerzo.

Después de comer, los docentes a cargo de la colonia organizaban juegos; pero esa tarde habían faltado casi todos y los únicos dos responsables decidieron que era mejor que los chicos decidieran a qué querían jugar y se dividieran en grupos.

Helena se quedó en un rincón mirando unas cartas de póquer con las que no sabía ningún juego, hasta que uno de los docentes la acercó al único grupo que todavía no había empezado a jugar a nada.

Helena se puso al lado de la ronda y el profesor se fué. Antes de darse cuenta, tenía la lengua de uno de los chicos dentro de su boca. Era una de las reglas del juego. Los chicos besaban a las chicas, y las chicas gritaban y se

reían a carcajadas. Luego la besó otro, y luego otro, hasta que terminaron la ronda. Todos habían besado a todas.

Helena fue al baño y vomitó los dos churrascos que había almorzado. Esa fue la última vez que la carne de cualquier animal pasó por su boca.

Baja del avión y va hacia la sala de espera pensando que once horas es casi un día.

Llega hasta el final del corredor y ve los asientos azules, la máquina de café, los ventanales espejados. Se acerca a la ventana para mirar hacia la pista. El avión que acababa de dejar tiene ahora su bodega abierta, y los empleados del aeropuerto internacional de Santiago de Chile se arrojan entre sí las valijas. Cada operario de rampa se ubica a una distancia similar del siguiente, de modo que las valijas quedaban suspendidas en el aire apenas unos segundos.

Observa las valijas brotar de esa montaña informe en la bodega del airbus 318 de Lan Chile, y ve cómo van pasando de los brazos al aire, del aire a los brazos, hasta que cada una llega al carro de transporte. No deja de mirar en esa dirección siquiera cuando se acerca a la máquina de café, pone en ella monedas, y marca las opciones necesarias para que la máquina le devuelva un café sólo, y sin azúcar. Sigue observando ahora, que sostiene en su

mano la taza de café, que el carro de las valijas vuelve a vaciarse para llenar el depósito de otro avión.

Ve, detrás del humo del café y las luces que se reflejan en el vidrio, cómo se llena de a poco el depósito del airbus 340. Ve a un operario, con su mameluco azul, con sus zapatos negros, secarse con la manga la transpiración de la frente. Se queda allí, detenida, mirando, hasta que la última valija pasa por las manos de cada uno de los seis empleados del aeropuerto internacional de Santiago de Chile, y es depositada junto a las demás en la bodega del otro avión.

La puerta se cierra y ella cree poder escuchar el sonido del sistema neumático. Ve a todos los empleados subirse en el carro donde antes viajaron las valijas y perderse tras la línea de visibilidad, desapareciendo para siempre.

Detrás, las luces de colores parpadeando y el sol, que casi se ha ido.

Abre el cierre con un poco de ruido y comienza a hurgar en su mochila, con los ojos colgados del cielorraso, hasta que da con el libro y lo saca de allí tironeando levemente. Ahora que tiene el libro en la mano no sabe bien qué hacer con él.

Comienza por enderezarle la tapa que se ha doblado un poco. Es entonces cuando la imagen del suéter presionando sobre la cubierta del libro le recuerda que ha olvidado, en la pequeña percha de aluminio del baño, su otro pulóver.

Se levanta precipitadamente y gira para apoyar la mochila en el que ahora es, ya inexorablemente, su asiento.

Llega al baño en pocos segundos, temiendo que el pulóver haya desaparecido para siempre.

Helena está, ahora, esperando. Mientras espera, vuelve a mirarse en el espejo del baño, vuelve a ver su pelo castaño oscureciéndose en las puntas y cayéndole sobre la cara. Espera en silencio, y el silencio en el que habita su espera va haciendo, de a poco, que cada pequeño sonido sea perfectamente audible. Helena comienza a escuchar cada movimiento de la persona que está ocupando el espacio en donde quizás esté su pulóver. Helena escucha cómo la persona que está adentro revisa su billetera buscando algo. Escucha como se detiene ese hurgueo y como resuena fuertemente, luego de unos segundos de silencio, una inspiración nasal, invadiendo todo el espacio del baño, perfectamente blanco.

Escucha el sonido del aire empujando algo a través de la nariz de alguien, y abre sus ojos de par en par, mientras su boca queda suspendida en el aire. Escucha como la persona que está ahí dentro cierra la tapa del inodoro, tira la cadena y agarra su bolso. Helena ve a la mu-

jer cuando la mujer abre la puerta, y ve cómo la mujer se sorprende de encontrarla ahí.

Helena la mira a los ojos e intenta sonreír.

Helena ve cómo ella alarga su mano y le extiende el pulóver.

Toma el pulóver y se va.

Detrás queda la mujer con traje de azafata. Vuelve a mirarla desde el espejo.

Mientras Helena pone de nuevo en la mochila su cartucherita transparente recuerda el momento en el que guardó las cosas que ahora, a miles de kilómetros, están ahí. Recuerda cómo entraba la luz al baño de su departamento de Belgrano, y cómo sonaba en los parlantes de su computadora Billy the Vision and the Dancers, mezclándose de tanto en tanto con algún tu-rín de mensajes recibidos en el Messenger. Recuerda cómo miraba cada una de las cosas presentes en su botiquín y en los cajoncitos del banitori, decidiendo si las llevaba y, en el caso de que sí, en que bolso las ponía. Recuerda también el olor de los jazmines en su escritorio, y el maullido de su gata reclamándole comida. Y a su amigo prometiéndole cuidársela y regarle las plantas mientras se tiraba en el sillón. Se recuerda guardando, en la pequeña cartuchera transparente, tres toallitas femeninas sin mirar el calendario en donde anota sus ciclos menstruales.

El primer día que estuviste con Martín viste a Julieta y le dijiste *me lo garche*. Ella no entendía nada. Eras su amiga y él había sido su novio por más de un año. Poco después te dijo algo como: *No tengo sueño ¿sabés? no duermo hace días*.

Vos intentaste abrazarla pero ella se apartó. De vos y de todo lo que tenía que ver con vos. Se fue caminado por Córdoba, y desapareció entre la gente.

Dos años después supiste de ella en una nota periodística ¿te acordás?. Estabas leyendo el diario en un bar y un titular que te llamó la atención. Recién en el final de la nota te diste cuenta que esa mujer era ella. Le contás a Martín esa misma tarde. *No sabía que se había ido a Europa*, te dijo, y nadie volvió a decir nada más, nunca.

Escena 38. Exterior, Parque arbolado. Día.

El padre está sentado sobre el pasto y mira a Helena niña jugar con una cinta. La madre está de espaldas y también la mira. Hay un diálogo de miradas entre el padre y la madre.

Es otoño y los árboles tienen las hojas amarillas. El suelo está lleno de hojas sobre las que se mueve Helena niña y las desparrama.

Hay algo de viento constantemente.

Ella juega durante un rato y una ráfaga de viento fuerte levanta hojas y le mueve el vestido.

El padre se levanta y comienza a jugar con ella, la levanta en el aire y la hace girar.

De vez en cuando lee, pero la mayor parte del tiempo está atenta a los movimientos que hace el chico, a la forma en la que camina, a la forma en la que abre su mochila y busca un abrigo después de acariciarse un brazo, sacudirse y bostezar.

Él se le acerca y ladea su cabeza tratando de leer en la portada del libro las letras diminutas que consignan título y autor.

Le dijiste Clarice Lispector con una sonrisa.
Hiciste eso y el chico te dijo

—Ah mirá, no la conozco.

—Es que no se consigue mucho, éste me lo regaló un amigo que no sé de dónde lo saco.

Le alcanzaste el libro porque él seguía mirándolo curioso, y sonrió cuando vio la foto de la autora en plena portada.

—Es muy linda —dijo.

—Era —le contestaste, aunque sabías que no hacía falta porque él estaba hablando de la foto: esa mujer era para él esa foto, nada más.

Lo abrió en la mitad, *seco estudio de caballos* dijo, y sonrió.

—No estoy leyendo mucho últimamente y cada vez leo más lento, pero en una época leí mucho, leía libros de seiscientas páginas en dos o tres días.

—Tengo que esperar once horas el transbordo de mi vuelo a Ecuador —dijiste intentando averiguar hacia dónde iba.

—Creo que donde más he leído es en los transportes públicos, que es como esperar pero mientras algo se mueve.

Vos le contestaste algo respecto de la soledad del escritor, de la soledad del lector, él dijo algo acerca del alcohol que vos no entendiste pero te resultó gracioso, y mientras reías te sentiste bien. Él te preguntó tu nombre y vos dejaste de reír.

—Helena —dijiste.

—Carlos —te dijo, y se quedaron callados.

El libro está de nuevo en manos de Helena, que, en silencio, hace pasar mecánicamente sus hojas de principio a fin. El sonido estalla al principio del movimiento, y luego progresa suave hasta la contratapa, en donde vuelve a estallar. En medio del silencio Carlos, que se había sentado a su lado, se levanta, abre su mochila, y saca de allí un paquete de cigarrillos de una marca que a Helena le resulta desconocida. Una caja blanca, con un recuadro azul en medio. Tiene la palabra *Peter* escrita en negro sobre la parte blanca, y en un recuadro azul, escrita en blanco, la palabra *Jackson*. Debajo de ella *Virginia*, en letra más chica. A la altura de *Peter*, a la derecha, un logo muy similar al de Philip Morris, la marca que Helena fumaba habitualmente. En una esquina del recuadro azul, un sello anuncia que el paquete contiene treinta cigarrillos *Premium Quality*. Debajo del recuadro, dos líneas, una roja y otra dorada, y más abajo *SMOKING REDUCES YOUR FITNESS* *health authority warning*, en letras doradas.

—¿De dónde son? —le preguntás, levantando, después de un rato, la vista del paquete.

—Australianos, los que más me gustaron.

—¿Tienen algo que ver con Philip Morris?.

—Ni idea, ¿por el logo lo decís? Se parece ¿no?

—Sí, además es un nombre propio.

—Es verdad —dice Carlos, y sonrío.

Vos lo mirás a los ojos. Vos aprovechás para sonreírle mientras lo mirás a los ojos. No estás esperando que diga nada, hasta deseás que se quede callado, aceptando el silencio que da lugar a la mirada, pero en cambio él dice:

—Te los regalo, son tuyos.

—¿Seguro? no hace falta.

—Sí, lo sé, sólo que me dieron ganas de regalártelos. Me di cuenta que fumabas y me dieron ganas.

—Bueno, gracias, que bueno, nunca fumé cigarrillos de Australia, ya los probaré.

Entonces volvés a mirar el paquete de Peter Jackson que tenés en la mano y te ponés contenta.

Un completo desconocido te está haciendo un regalo.

—¿Qué fuiste a hacer a Australia? —le preguntas, y él empieza un monólogo interminable, en donde vos sólo decís mirá o sí o no o qué bueno, mientras te cuenta de todas las regiones en donde había participado de *la refacción y remodelación de turbinas eléctricas en diversas plantas de energía*, y de algunos de los avatares que atravesó en esa odisea. Después de un rato te das cuenta que a él le interesa hablar, no que lo escuches y comenzás a dispersarte. Te imaginás besándolo. Te imaginás siendo abrazada por él en una calle de Quito. Él habla y vos llevás tu atención cada vez más hacia su rostro, hacia su cuerpo. Desviás cada vez más tu atención hasta que en un momento él se queda callado.

Él hace silencio y todo el aeropuerto parece estar callado para Helena. Él hace silencio y Helena continúa observándolo, ahora más relajada, pues él desvió su vista hacia otro lado, hacia donde las azafatas que han bajado de un vuelo hablan con otras que recién llegan de sus casas. Más tarde él dirá *éstas azafatas son bastante charlatanas* pero, para entonces, Helena no estará prestando la más mínima atención y no registrará una sola palabra.

Él hace silencio y Helena vuelve a imaginarse besándolo en una calle de Quito, se imagina que toman el mismo vuelo y bajan juntos por la escalera hacia la pista. Él la invita a cenar a un restaurante y ella acepta. Lo imagina bebiendo de una copa de cristal con su boca de actor de cine, imagina que al salir del restaurante caminan juntos por calles de Quito, en donde no hay nadie que pueda decirles nada. Las calles son largas y ellos flotan sobre las baldosas teñidas por la luz de los faroles. Él la detiene en el espacio de oscuridad que dejan libre dos faroles y, llevándola contra la pared, empieza a besarla. Lo imagina tomando con una mano su rostro, con la otra su cintura. Y luego, ya instalados en el beso, ya rozándose sus lenguas con sus lenguas, con sus labios, él empieza a acariciar su pierna con la mano que antes se aferraba a su cintura. Él hace silencio y ella aprovecha para imaginar su mano subiendo cada vez más entre su pollera, acariciándola suavemente hasta que ella ríe.

Su imaginación salta a la entrada del hotel, a él apoyando todo su cuerpo contra el suyo en el ascensor del hotel, a él levantándole la pierna en el aire para entrar aún más en contacto con su cuerpo, a él soltándola y buscando en su bolsillo las llaves de la habitación. Imagina cómo abren la puerta de la habitación y como entran en ella, imagina que siguen besándose, cada vez más apasionados, hasta que con un movimiento brusco lo detiene para desabrochar, uno a uno, los botones de su camisa. Desabrocha los botones con una mano y con la otra empieza a desajustar el cinturón. Ha logrado sacarle completamente su camisa y aparece ante sus ojos el torso desnudo. Ahora es él quien la desnuda, poniéndose a sus espaldas, besándole el cuello mientras baja el cierre de su vestido y descuelga las tiras de los hombros.

—¿Querés algo de comer? —te dijo pensando en invitarte al bar del aeropuerto, y vos, en medio de tus pensamientos, le contestaste:

—No, estoy bien —mientras metías tus ojos entre tus piernas cruzadas en posición de loto.

No recordaste cómo fue que habías llegado a esa posición, pero te pareció lo mejor, pues en ese hueco entre tus pies y tu pelvis podías esconderte.

—Bueno, yo tengo hambre —te dijo él, y vos levantaste la cabeza intentando sonreírle. Voy a comprar algo de comer y vuelvo ¿dale? ¿querés algo?

—¿Me traés unas papas y una gaseosa? —le contestaste, un poco más cerca del mundo.

—¿De cuál?

—Coca, si hay.

Él se fue y vos lo viste irse, alejarse de a poco, despacio. Se dio vuelta para mirarte antes de desaparecer por completo.

Helena mueve su torso y su cabeza mecánicamente de abajo hacia arriba, mientras piensa en su padre gritándole a su madre, en su padre amenazando a su madre con matarla en medio de una pelea. Recuerda el miedo que sentía cada vez que su padre alzaba su voz. Helena recuerda a su padre entrando a su casa con un paquete envuelto en papel marrón, saludando a su madre, saludándola a ella, y luego yéndose apurado hacia la pieza a guardarlo bajo llave. Recuerda *eso* mientras asiente nuevamente con la cabeza y piensa que fueron varias veces.

Él fue a buscar comida y vos te quedaste mirando la nada hasta que apareció la azafata que habías visto en el baño. La seguiste con los ojos mientras atravesaba el pasillo vacío. Ella te reconoció y alzó su mano para saludarte, mientras te sonreía. Vos hiciste algo parecido y dijiste hola. Hola, dijiste en el silencio del aeropuerto, y la azafata te contestó. En ese gesto, en el gesto de levantar la mano para saludarte, dejó ver una parte blanca de su pecho. Bajaste la mano y ella volvió a mirar hacia adelante, pero luego de dar unos pasos se te acercó un poco y te dijo, con un acento extraño,

—¿Qué haces aquí? ¿a que hora tienes vuelo?

—Me quedan unas cuantas horas, recién salgo mañana, a Ecuador.

—¡Oh!, bueno, piensa en cosas lindas, —te dijo la azafata y se fue, hacia el baño.

Vos te quedaste ahí, sintiendo la humedad en tu entrepierna.

Helena está, ahora, sentada en su silla azul, y piensa en la azafata que acaba de irse hacia el baño. Piensa en la parte blanca de su piel que ha visto al entreabrirse su camisa, piensa en el fragmento blanco del seno derecho de la azafata y cierra los ojos. Cierra los ojos y apoya la cabeza contra las rodillas, que ha levantado una vez más a la altura de su pecho, poniendo los pies sobre la silla. Cierra los ojos y de nuevo las imágenes comienzan a tomar cuerpo en su imaginación. Vé cómo su mano se ahueca para cobijar entero el seno derecho de la azafata. Ve su boca acercándose al pezón rosado, mientras aprieta suavemente el otro pecho, con la otra mano. Imagina que ambas están desnudas en el baño, en el mismo lugar donde se encontraron por primera vez, y que ella se sacude y gime cuando Helena roza con su lengua el pezón erecto, aferrando los labios al blanco y delicado pecho. Con la otra mano le acaricia la cintura y la espalda. La azafata le aprieta la nuca, irritándole levemente la piel, mientras culebrea por el placer de la succión.

Mueve sus labios y su lengua suavemente de un lado a otro del seno derecho de la azafata, hasta que se acomoda frente a ella y comienza a lamer el pezón del seno izquierdo, a acariciarle la panza con la yema de los dedos, bajando cada vez más, hasta el clítoris. Está sintiendo la piel jugosa de la vagina en la punta de los dedos, cuando levanta la cabeza porque oye los pasos de la azafata que ahora va hacia el otro lado, con la mirada perdida en el final del pasillo.

Lo viste apenas saliste del baño. Él tenía una bandeja marrón con dos paquetes de papas fritas, dos vasos grandes de gaseosa, y una hamburguesa que había abierto pero aún no había comido. Varios sobres de condimento desparramados sobre la bandeja aun permanecían cerrados, pero otros estaban abiertos, los viste en el primer golpe de ojo. Viste, incluso, que había colocado ketchup sobre una de las raciones de papas, sobre las papas medianas, mientras que la otra ración, la grande, permanecía aún sin sazonar. Lo viste y te acercaste, sonriéndole.

—Uy, qué bueno, gracias —le dijiste. Él también te sonreía.

—No es nada, no sabía bien que querías ¿Quieres una hamburguesa también?

—No, así está muy bien, gracias, buenísimo.

Vos te quedaste mirando las papas y él levantó en el aire su hamburguesa, acercándola a su boca, antes de morderla por primera vez.

—Buen provecho —dijo.

—Igualmente —dijiste, comiendo la primera papa sin agregarle nada. Saboreabas esa papa pensando que mejor era agregarle sal, y poner un poco de ketchup en la bandeja para después mojar las papas. Él masticaba un gran bocado de hamburguesa, mezclando en su boca el pan, la lechuga, el tomate, la carne, los condimentos, formando con todo ello un bolo con sabor indefinido pero intenso, que masticaba aún cuando ya no era necesario. Él comía lento, pensaste, porque cuando vos habías terminado de ponerle sal a las papas y de abrir el ketchup, él estaba recién terminando de tragar su primer bocado de hamburguesa.

—Están buenas —dijiste.

—Sí, está bueno y tenía hambre —dijo sonriendo; y vos sonreíste también, y te sentiste de nuevo en tus doce años, sonriendo como una idiota mientras comías hamburguesas.

Entre bocado y bocado él te hablaba. Te decía cosas como *a mí me gusta viajar, la verdad que me aburro estando mucho tiempo en el mismo lugar, no sé porqué será, quizás es que de chico me mudé mucho. Vos le decías sí, a mi también me pasó, mis viejos eran via-*

jantes. Tratabas de ser amable e interesante al mismo tiempo, pero después él dijo

—Ahora estoy volviendo a Buenos Aires, me están reclamando. A mi novia no le gusta mucho eso de que viaje tanto

—Es lógico, debe extrañarte mucho —dijiste mientras pensabas *me cago en la puta madre*.

Con los ojos aún vidriosos por el bostezo, abre el libro para comenzar a leer el primer relato. Desliza sus ojos por las palabras mientras piensa en una mano. Desliza sus ojos por las palabras mientras ve, una y otra vez, una mano metiéndose en una mochila violeta. Sola, mientras desliza sus ojos por las páginas del libro, ve, una y otra vez, la misma mano sin anillos meterse dentro de la misma mochila y separar sigilosa las mismas solapas del mismo sobre, para extraer de él un pequeño libro rojo.

Comenzás a acordarte de ella. Es un espejo y detrás Julieta. Julieta y delante el espejo. Y vos. Mirás el espejo del baño queriendo encontrarla. Abrís y cerrás los ojos una y otra vez. La luz blanca del baño tiene algo que te hipnotiza, o quizás estás esperando eso, estuviste esperando eso todo el tiempo. Sí, quizás es eso, que entre la azafata y algo se te exalte en el corazón, algo que nunca se ha detenido, que nunca ha comenzado. La mirás y le sonreís, tímida. Se te ponen rojos los cachetes, un poco. Ella te mira y te saluda con la mano

—¿Que haces aquí? —te pregunta

—Nada, estoy haciendo tiempo, estirando las piernas, refrescándome un poco ¿Vos? ¿No saliste todavía en ningún vuelo?

—No —te dice ella. No. Debería haberme ido a casa, pero tengo un novio que trabaja acá, y bueno, nos hacemos nuestros ratos para encontrarnos.

Vos no entendés cómo, pero te acercás y le acomodás un poco el pelo, se lo acomodás

atrás de la oreja mientras la mirás a los ojos. No decís nada más, sólo le tocás el pelo, le acomodás el mechón de la derecha, luego el de la izquierda y le sonreís, sin dejar nunca de mirarla a los ojos. Ella entra al baño y vos volvés a mirarte en el espejo. A vos y a Julieta.

Pensás sería mejor olvidarme de todos estos idiotas y vivir sola para siempre, mientras agarrás el libro y lo apretás entre tus manos. *Esto ya me tiene cansada.* Tus pulmones se hinchan y el aire vuelve a salir por la nariz, ahora más dióxido de carbono que oxígeno, con un poco de ruido. *Yo en realidad no estoy buscando el amor de mi vida, yo no sé bien qué estoy buscando pero me parece que siempre caigo en lo mismo y creo que cualquiera es el amor de mi vida, ya estoy cansada de eso. Ya estoy cansada de que siempre termine siendo todo igual, hoy amor mañana nos vemos. Y eso es lo que está bien, el problema son todas las cosas que hacemos para que mañana también.*

Ella está junto a la azafata, al lado de una pileta. Desde donde está puede ver hacia afuera. Es verano y las calles están vacías. Helena siente vergüenza de estar en malla. La azafata la mira, le habla. Helena no llega a escucharla, le parece que sólo está moviendo los labios, sin producir sonido. De todos modos se acerca. Primero un poco, luego un poco más, hasta que su oreja queda pegada a la boca de ella. Entonces siente algo viscoso dentro y gira sobresaltada. Donde estaba sentada la azafata ahora hay un sapo, verde y enorme. *Je t'ai vu dans le bain*, dice el sapo con una voz suave, *Ho sempre voluto essere come te*, dice mientras comienza a acariciar el hombro de Helena. Ella retrocede pero el sapo la sigue, hábil, sigiloso, *No és possible resistir a la meua llengua*. Helena cae a la pileta y despierta en su asiento azul.¹

1 “Te vi en el baño”, dice primero, en francés. Luego en italiano “siempre quise ser como vos”, y finalmente en catalán: “No es posible resistirse a mi lengua”.

Ella lo imagina desnudo, acostándose boca abajo en la cama del hotel. Se sube a su espalda, apoyándole los pechos, mordiendo su cuello. Comienza a bajar, besándole los omóplatos, la espalda, mordiéndole las nalgas, los muslos, mientras lo acaricia con las dos manos. Vuelve a subir y toma su pene, lo humedece con su propia saliva y comienza a penetrarlo. Ella se toma el pene con la mano derecha, empapada de saliva, y lo penetra, suavemente.

Ella, sentada en su asiento azul del aeropuerto internacional de Santiago de Chile, mira a su compañero momentáneo de espera e imagina que está dentro de él y que él gime espasmódicamente. Él mueve suavemente su pelvis para sentir aún mayor placer, mientras ella va y viene, hacia adelante y hacia atrás, pendulando sobre su cuerpo, arrastrándose hacia fuera despacio, y luego volviendo a entrar hasta donde llega su miembro. Llega hasta el fondo, sintiendo que una textura diferente le aprieta más el glande, haciéndolos gozar más a ambos. Su cuerpo roza contra el cuerpo

de él, entrando y saliendo, cada vez más velozmente, sin dejar de acariciarlo, sin dejar de besarle la espalda y la nuca. Él contrae sus nalgas para darse más placer, y mete hacia adentro sus omóplatos en un contracción orgásmica, que luego se extiende hacia las piernas y los glúteos, hacia el ano penetrado. Un sonido la interrumpe y la trae de vuelta al aeropuerto internacional de Santiago de Chile, a su asiento azul en la tercera fila de asientos azules. La voz de Carlos pregunta algo que a Helena le resulta incomprensible.

¿Te acordás de tu abuelo? ¿Te acordás como se tejían, en tu imaginación de niña las imágenes doradas que él te narraba? ¿Y cómo fuiste cambiándolas, una a una, por imágenes reales, en cada visita a casa de tus abuelos? ¿Te acordás cuando tu abuelo te hablaba de tu padre, de tu padre muerto? ¿Todavía permanece esa última imagen dorada? Tu padre nadando en el río angosto, levantando las manos para saludar a su padre, a tu abuelo, nadando mientras el sol lo teñía todo, lo alejaba todo.

¿Te acordás como lloraste leyendo El Limonero Real? ¿Era tu abuelo el que tenía el mismo nombre que Wenceslao? ¿O Wenceslao el que había arrebatado el nombre a tu abuelo? ¿Es el hijo muerto el que da nombre al padre?

¿Te acordás que llorabas mientras sobrevolabas las islas con tu imaginación? Veías a Wenceslao cruzar en canoa con el Ladeado, a Rogelio correrlo a Rogelito, a las sobrinas atravesar el campo, a las higuera, al limonero. ¿Te acordás que te sentías enredada en las copas de los árboles, como las vacas en la inundación

del '05? ¿Eras vos la que apoyaba despacio el libro en la mesita de luz? ¿Eras vos la que temblaba antes de volver a agarrarlo cada noche, con esa sutileza que el miedo le da cuerpo, con esa lenta elegancia que te da el miedo? ¿Pensabas en cada página que Wenceslao era tu abuelo, que alguien mantenía la muerte de tu padre viva? ¿Te acordás que antes de tomar el libro entre tus manos te decías *esto no es el Delta, esto debe ser Santa Fé*? Y de nuevo tu imaginación vagaba por los paisajes, de nuevo sobrevolabas el Delta, hasta quedar atrapada entre los árboles.

Abre el tupper y saca de allí una hamburguesa de lentejas entre dos panes integrales. Sobre la hamburguesa, una rodaja de tomate, una hoja de lechuga y un pedazo de queso. Mastica lentamente su ságuche mientras mira hacia afuera, a través del gran ventanal. El gris oscuro del cielo nublado en el que titilan las luces rojas de las antenas. Algún avión despega, otro aterriza, Helena muerde otra vez su sanguche y respira por la nariz.

Abre el cierre de la mochila y toma de allí su pequeña cartuchera plástica con flores de colores y cierre rojo, y sale hacia el baño. Abre la puerta del baño y corrobora, mirando por el espacio que hay entre el suelo y el comienzo de las puertas, que no hay nadie más que ella en el baño. Abre la puerta de madera del último cubículo y se mete dentro, pero no se sienta en el inodoro, sino que se queda parada y apoya, sobre la tabla plástica, su pequeña cartuchera. Abre el cierre de su pantalón de jean azul, lo baja a la altura de las rodillas y mete su mano entre la tela de su bombacha y su cuerpo. Abre los labios de su vagina húmeda y, con la yema de sus dedos índice y mayor, comienza a masajear suavemente su clítoris, trayendo a su memoria, fragmentariamente, las imágenes que ha ido sintiendo en la última media hora. Cada vez más excitada, los fragmentos de las imágenes se suceden con mayor velocidad, arrebatándose las unos a los otras, mientras usa sus dedos más ávidamente: las falanges de ambos comienzan a rozar primero

y a presionar después, el clítoris húmedo de Helena, mientras la yema se hunde levemente en el hueco de la vagina. Llega, contrayendo la vagina, y el resto del cuerpo, al orgasmo. En el corazón del orgasmo, la imagen de su lengua estirada en el aire rozando con la punta el pezón erecto de la azafata. Y mientras ésta se diluye, la imagen de Carlos moviendo su pelvis hasta agotar su placer orgásmico, en la habitación de un hotel que jamás verá.

Abre de nuevo la puerta y lava sus manos y su cara en la bacha. Usa el jabón líquido rosa, que dispensa un aparato blanco, y se seca con dos papeles grises, mirándose al espejo.

Se seca, la cara y las manos.

Has comenzado a llorar después de unos minutos de silencio, después de estar absolutamente quieta mirando las baldosas grises. Has comenzado a llorar casi sin darte cuenta. Comenzaste a llorar mientras pensabas *esto no tiene sentido, esto no tiene ningún sentido.*

Helena está sentada en su silla azul del aeropuerto y la pared comienza a derretirse, todo está inundándose con una baba naranja.

Ve aparecer a Martín por el pasillo central, con un brazo mutilado, chorreando sangre. Detrás de él, su padre camina como un zombi, con una jaula entre las manos. Dentro de la jaula, un ratón está parado en sus dos patas traseras. El ratón se queda mirando a Helena y mueve sus bracitos, intentando transmitirle un mensaje. Su padre sigue caminando, sin verla. Martín se queda parado mirando atónito hacia la ventana. Helena se da vuelta y descubre que donde antes había una pista de aterrizajes, ahora hay un hervidero de insectos voladores que tienen el tamaño de un perro labrador. Detrás de los insectos, el cielo, perfectamente violeta.

Escucha, a sus espaldas, mientras mira hacia afuera, que Martín produce un sonido extraño. Cuando se da vuelta ve a la azafata, lamándole la sangre que brota de su brazo mutilado, mientras le acaricia la ingle. Los dos

están rodeados de la extraña lava naranja que brota de las paredes.

Helena se despierta sobresaltada, y recoge del piso, velozmente, el libro que ha dejado caer, temiendo que la pared derretida lo devore. Se refriega los ojos y va terminando de desprenderse de las imágenes del sueño a medida que se despereza. Se levanta de su silla azul y se acerca a la ventana. Aún adormecida, mira el cielo encenderse lentamente. El sol que despunta por el este y el cielo se enciende despacio en la mañana santiagueña, cubierto de nubes, pálido y vasto como un enorme colchón.

Faltan unos minutos para la partida de su vuelo y teme quedarse dormida de nuevo. Hay apenas una luz entrando por la ventana, y ella no quiere moverse. Se queda ahí, mirando hacia afuera, detenida en las nubes, viendo como el sol las tiñe de colores entre el frío ensordecedor de julio, viendo los fragmentos pálidos del cielo.

Te ves flotando en el aire y no hay otra cosa que pueda importarte en este momento. Tu cuerpo no está ahora ahí, no son tus manos las que se agarran a la barandita de metal, no son tus piernas las que sostienen ese peso que no es tuyo. Vos estás allá afuera, flotando sobre el cielo de Santiago, sobre el cielo gris de Santiago de Chile. No hay vuelos que tomar, ni asientos azules, ni café. No hay siquiera ese pájaro que te atraviesa a la mitad, escapando del ruido del motor del Airbus.

Allí estás vos, sola, por primera vez en tu vida. Íntegra y completa. Nadando de un extremo al otro del cielo de Santiago, del cielo gris de Santiago de Chile.





Otros títulos de la editorial:

-La soledad era una roca cayendo lentamente
Sebastián Bruzzese

-Queridísimas
Lucía Araoz de Cea

En preparación:

-Solitúdine
Dafne Mociulsky





eeads

Elaborado
En el aura del sauce
Por Tecnoofsset
J.J. Araujo3293, Cap. Fed.

enelaura.wordpress.com
enelauradelsauce@gmail.com